

Significado del programa de Bill Clinton para México y América Latina

Elaine Levine*

A principios de abril, al tiempo que estaban reunidos en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia los 12 cancilleres de los países de Latinoamérica y el Caribe que constituyen el Grupo de Río, el presidente estadounidense Bill Clinton se encontraba en una reunión cumbre en Vancouver, Canadá con su homólogo Boris Yeltsin. Mientras los ministros latinoamericanos discutían, entre otras cosas, una estrategia común para enfrentarse a las barreras comerciales de los países industrializados, los dos jefes de estado formulaban un plan de ayuda económica para Rusia.

Al anunciar el otorgamiento, casi inmediato de 1 620 millones de dólares, el mandatario estadounidense declaró que, "Al ayudar a Rusia, no invertimos sólo en el futuro de Rusia sino en el de Estados Unidos". Aun cuando se reconoce que la asistencia prometida por Washington es insuficiente para enfrentar los enormes problemas de la devastada economía rusa, se considera que es un buen comienzo. Bien podría ser el primer paso de un plan mucho más amplio promovido por el Grupo de los Siete.

No obstante que en la reunión de Bolivia el secretario de Relaciones Exteriores de México, Fernando Solana, subrayaba la urgencia de vencer la pobreza en América Latina para proteger la libertad, que tan difícilmente se ha logrado en la zona, y avanzar en pos de la modernización y una integración más plena y satisfactoria en la economía mundial, el presidente Clinton está más preocupado actualmente por consolidar la transformación de la economía rusa y lograr la integración de ésta al mercado mundial capitalista.

* Investigadora miembro del Área de Economía Mundial y de América Latina del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Evidentemente, en estos momentos para los países industrializados, la relación este-oeste todavía pesa más en la balanza política global que la relación norte-sur. De hecho, la transformación de gran parte del ex bloque socialista se interpreta, en Estados Unidos, como la desaparición de la posibilidad de que otras partes del mundo, particularmente América Latina, se desvíen del camino capitalista. Por lo tanto ven al resto de América simplemente en función de las necesidades de la geopolítica estadounidense.

Tanto la campaña de Clinton como su propuesta económica, presentada al Congreso en febrero de 1993, se centran en un cambio de rumbo para la economía nacional, aun cuando uno de los hechos que subraya más la necesidad del cambio es precisamente la pérdida relativa de hegemonía en el ámbito internacional. "Las condiciones que nos han traído a este punto como nación son bien conocidas" dijo Clinton.

Dos décadas de bajo crecimiento de la productividad y estancamiento de los salarios, persistente desempleo y subempleo, años de enormes déficits gubernamentales y una decreciente inversión en nuestro futuro, costos de salud explosivos y falta de cobertura para enfrentar estos gastos para millones de estadounidenses, legiones de niños pobres, insuficientes oportunidades de educación y capacitación para el empleo frente a las duras exigencias de la economía global.

La extraña mezcla de éxitos y fracasos económicos de los últimos lustros ha demostrado que precisamente ahora, cuando el peso relativo de Estados Unidos ha disminuído en la producción y el comercio internacionales, la economía internacional pesa más que nunca en la economía estadounidense, tanto por el déficit comercial como por la inversión extranjera directa e indirecta que financia buena parte de la formación de capital al interior de Estados Unidos.

El programa económico de Clinton plantea la necesidad de desplazar parte del gasto actual para el consumo, tanto público como privado, hacia la inversión de disminuir el déficit gubernamental. Además, señala que para lograr estos dos objetivos al mismo tiempo—"que es algo que ningún gobierno estadounidense haya tenido que hacer", dice el nuevo mandatario— es necesario disminuir el gasto e incrementar los impuestos, también simultáneamente—que es algo que el Congreso no suele hacer.

Por otra parte el Presidente subraya la urgencia de crear nuevos empleos. Indiscutiblemente, una de las cosas que le costó a George Bush la reelección fue la persistencia de inusitadas altas tasas de desempleo, después de más de un año de lo que oficialmente ha sido calificado como una recuperación económica. Seguramente muchos estadounidenses concuerdan con Clinton cuando afirma que “no hay recuperación económica que valga la pena si no vuelven los estadounidenses a sus puestos de trabajo”. Sin embargo, los Senadores Republicanos se han empeñado en obstaculizar la aprobación de la propuesta de gastar 16 mil millones de dólares para estimular la economía y crear empleos.

No obstante su insistencia en la necesidad de crear empleos en el corto plazo, Clinton enfatiza que lo más importante de su propuesta radica en que es un proyecto para el largo plazo y que significa invertir ahora para garantizar un mejor futuro para todos los estadounidenses. Las metas de largo plazo son un mejor ritmo de crecimiento económico, mayor productividad, empleos altamente calificados y altamente remunerados, y una posición más competitiva en la economía mundial.

“En vísperas de un nuevo siglo sabemos”, dice Clinton, “que el crecimiento económico depende, como nunca antes, de la apertura de nuevos mercados en el exterior y de la expansión del volumen del comercio mundial”. El Presidente estadounidense habla de una “estrategia económica nacional para incrementar el comercio” que incluye la terminación exitosa de las negociaciones de la Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y del Tratado Trilateral de Libre Comercio Norteamericano (TTLCN). La meta primordial de corto, mediano y largo plazo para Estados Unidos, en este terreno, es incrementar cada vez más sus exportaciones.

El gobierno actual heredó serios conflictos comerciales con Europa y Japón y un acuerdo comercial a nivel norteamericano que sólo faltaba ser ratificado por el Congreso. Sin embargo, las críticas que Clinton había formulado al TTLCN, casi a lo largo de su campaña, y los temores de muchos trabajadores estadounidenses le han obligado a llevar adelante su propuesta de negociar acuerdos paralelos sobre condiciones laborales y protección al medio ambiente.

Un sector considerable de los trabajadores en Estados Unidos temen que la firma de un acuerdo comercial con México significa-

rá una importante fuga de capitales y, por consiguiente, de empleos al sur de la frontera. Otros más temen que el creciente flujo de inmigrantes legales e ilegales ejercerá cada vez más presión sobre el nivel salarial estadounidense y, por lo tanto, sobre su nivel de vida. Mientras persistan las altas tasas de desempleo en Estados Unidos y una recuperación económica que no se resienta en los niveles de ingresos de la mayoría de los trabajadores será difícil despejar este tipo de temores.

La apertura comercial de México significa que con o sin TTLCN su economía está más ligada que nunca a la de su vecino al norte del río Bravo. Las soluciones a los crecientes problemas económicos y sociales de Estados Unidos parecen estar cada vez más vinculadas al desempeño de ese país en el mercado mundial. De hecho casi todos los países del mundo están buscando apuntalar su crecimiento económico interno con base a mayores ventas en el exterior.

México, como otros países latinoamericanos, espera que su mayor apertura comercial se traduzca a la vez en un mayor acceso a los mercados de los países industrializados. Pero la llamada “liberalización” comercial de las últimas décadas ha sido más bien un proceso de eliminación de aranceles y la implementación de barreras comerciales no arancelarias, particularmente por parte de los países industrializados. Además, la capacidad de compra de países pobres es bastante reducida y por tanto de poca importancia para la determinación de las políticas a seguir por parte de los países ricos.

Sin duda, México junto con el resto de América Latina juegan un papel importante en la estrategia geopolítica de Estados Unidos, pero más bien a largo plazo. Estados Unidos está más preocupado, en estos momentos, por los acontecimientos en otras partes del mundo. A pesar del TTLCN, el centro de gravedad de la política comercial estadounidense está y seguirá en Europa y en Asia.

De tal manera que cuando Clinton afirmó en su discurso inaugural que:

Ya no hay una división entre lo extranjero y lo doméstico —la economía mundial, el medio ambiente mundial, la crisis mundial del SIDA, la carrera armamentista mundial— todo ello nos afecta a todos

reflejaba cierta percepción por parte de Estados Unidos de que ahora más que nunca lo que pasa en el resto del mundo también les afecta a ellos. Pero parece que ni Estados Unidos ni la Comunidad

Europea ni ninguna otra potencia económica mundial se han percatado de que lo que pasa a los pobres del mundo también afecta a los ricos. Hasta entonces los problemas de los países pobres no tendrán mucho peso en la determinación de las políticas de los países ricos aunque dichas políticas tengan un enorme impacto sobre aquellos. ¡La historia dictará su juicio!